de San Andrés de Roma, era rector de aquella casa y juntamente maestro de novicios el P. Juan Bautista Pescatore, natural de Novara, persona de rara virtud y perfeccion, de que dan buen testimonio muchos hijos espirituales que crió, y se honran de haber tenido por padre y maestro de su espíritu un hombre tan señalado. Era este Padre muy riguroso consigo, afligiendo de continuo su cuerpo con abstinencias, con ayunos, con cilicios y disciplinas, quitándose el sueño y todo género de regalo; y aunque él hacia todo esto con mucho secreto, no podia ser tanto, que se encubriese á los ojos de tantos hijos suyos, que los tenian abiertos para notar é imitar sus acciones.

Su compostura en la persona, en el vestido, en el andar, en el sentarse, en todas sus acciones era tal, que parecia un retrato de la misma modestia. En su rostro resplandecia siempre una serenidad alegre, y una risa grave y apacible, que alegraba á los que le miraban. No perdia esta serenidad, ni mudaba semblantes por variedad de sucesos; pues ni con los adversos se entristecia, ni con los prósperos se alegraba demasiado, sino en todos guardaba el mismo tenor, como quien tenia sosegadas las pasiones, y gozaba de perpetua paz y tranquilidad, sin vérsele jamás una mínima señal de impaciencia ó de cólera. Era gran despreciador de sí mismo, y como tenia tan bajo concepto de sí, así lo mostraba en todas sus acciones con profunda humildad.

No se pueden encarecer las veras con que se daba á la oración de dia y de noche. Puédese rastrear el don grande que Dios le habia dado, y la merced que le hacia en ella, de lo que sucedió, que mientras los demás dormian, él se estaba en oración en la sala del noviciado, donde ahora está la enfermería: allí le hallaron en el aire levantado algunos palmos del suelo, como me lo ha testificado el que le sucedió en el oficio, y se imprimió en las ánuas de la Compañía del año

de 1591, donde se pone algo de sus virtudes, tratando del colegio de Nápoles. Era gran observador en las reglas que escribe san Basilio para los religiosos, y tan devoto de las Colaciones de Casiano, que se podia decir que las sabia de memoria, procurando poner por obra muy á la letra lo que



Antiguo Colegio de la Compañía de Jesus de Mantua, donde moró S. Luis en Julio de 1585 y Octubre y Noviembre de 1589. La parte del Colegio próxima al Templo perteneció antes à D. Ferrante, padre de S. Luis. (Véase el libro I, cap. 14, y nota 43; y el libro II, cap. 20 y 21.)

aquellos Padres antiguos enseñaron y practicaron. Sus palabras eran muy consideradas y medidas, sin decir jamás palabra ofensiva ó que no fuese de edificacion. Su conversacion era muy apacible, mezclando á sus tiempos algunas gracias y agudezas dentro de los términos de la modestia religiosa, que le hacian más amado de todos. Con los pobres mendigos y más con los vergonzantes era tan compasivo, que tal vez se lee que se quitó los vestidos que traia para cubrirlos con ellos.

En el gobierno templaba la severidad con una grande apacibilidad, v sabia juntar en uno la gravedad con la afabilidad, de suerte que se hacia respetar de sus súbditos, pero sin pesadumbre ni enfado. Amábalos tiernamente, especialmente á los novicios, de quien cuidaba como si fuera padre y madre y ama de cada uno; sufria con paciencia y con espera sus imperfecciones, hasta ir poco á poco desbastándolos é introduciéndoles la forma que pretendia. No se alteraba ni mostraba desabrimiento con sus faltas, ni daba á entender que por ellas quedase impresionado ó con menos buen concepto de la persona: lo que hacia era avisarles con suavidad y amor, y á veces con risa por quitarles el empacho, y porque no pensasen que hacia mucho caso de aquellas faltas. Con esto los animaba y consolaba, sin despedirlos jamás de su aposento hasta enviarlos animados y contentos. Condescendia y acomodábase maravillosamente á las condiciones de todos, de suerte, que podia decir con verdad: Omnibus omnia factus sum, ut omnes Christo lucrifaciam; procurando saber la inclinacion de cada uno para guiarle por allí á la perfeccion, como quien sabia que no pueden ir todos por un camino. No queria que sus novicios pusiesen todo su cuidado en un modo de modestia ó afectacion exterior, que á cuatro dias se cae en saliendo del noviciado; sino que desde luégo se habituasen á la modestia que habian de guardar por toda la vida, y que el principal cuidado le empleasen en procurar fundarse en virtudes sólidas v abnegacion de sí mismos. Queria que los novicios estimasen y respetasen á los antiguos, teniendo de ellos el concepto que es razon; v solia decirles, que en materia de espíritu y de virtud, habian de persuadirse, que va tanta diferencia de los novicios á los que están estudiando en los colegios, como de los que aprenden el A, B, C, á los que estudian facultades mayores. Yo he hablado y tratado con muchos que fueron sus novicios y súbditos: todos universalmente veo que le tenian por santo, y no acaban de alabar su modo de gobierno; y la razon es la caridad, la humildad y el agrado que todos hallaban en él; y lo que es más la igualdad tan grande, que cada uno se persuadia que él era el más querido, y con esto todos le amaban tiernamente y acudian á él con confianza en todas sus necesidades.

A los novicios enseñaba no menos con el ejemplo que con las pláticas y exhortaciones, las cuales tenian tanta mayor eficacia, cuanto con las obras hacia primero todo lo que decia, sin haber en él cosa que se pudiese notar ó corregir. Algunas cosas se refieren de él milagrosas, como fué apagarse un fuego con su presencia, que muchos con agua y con mucho trabajo no habian podido apagar. Tambien se dice que tenia don de saber las cosas ausentes que hacian sus súbditos, y conocerles los pensamientos y el interior de sus almas, de que traen muchos ejemplos algunos Padres muy graves, de cosas que le sucedieron en Roma y en Nápoles. Tenia tambien fama desde el año de 1582, que hallándose el noviciado en mucha necesidad por faltar lo necesario para el sustento, estando él en su aposento encomendándolo á nuestro Señor y pidiéndole remedio, llegó á la portería un Angel en figura de un mancebo, y haciéndole llamar, le puso en la mano no sé qué cantidad de dineros, para remediar la necesidad presente, y luégo desapareció. Por estas cosas le tenian todos en concepto de santo, de suerte, que cuando murió rector del colegio de Nápoles, habiendo recibido el Viático, procuró él mismo quitar aquella opinion á los presentes, que estaban notando sus acciones como de santo; pero cuanto él más hizo por encubrir su santidad, tanto más descubrió su humildad y modestia, dejándoles aquel ejemplo más cuando se iba al cielo.

A este Padre tenia san Luis particular respeto y amor, no sólo como á su superior á quien tenia en lugar de Dios, sino tambien como á persona en quien hallaba tan sumo grado de perfeccion religiosa, y como á tal le habia tomado por dechado á quien imitar, y así le observaba sus acciones y palabras todas, y le descubria todo el interior de su alma, para que le enderezase y enseñase. El Padre tambien gustaba mucho de tratar y comunicar con aquella alma tan pura de Luis, hallándola tan capaz de cualquier semilla, y tan llena de Dios y de sus gracias, que si el buen Padre antes de morir nos hubiera podido decir lo que sabia en esta parte, supiéramos sin duda mucho más de san Luis de lo que sabemos.

-

De cômo fué Luis à Nápoles, y de lo que allí hizo.

ucedió, que por el otoño de 1586 enfermó el P. Pescatore, y comenzó á echar sangre por la boca. Por esta razon el Padre General se resolvió de enviarle á Nápoles, pensando que la mudanza del aire le haria volver en sí. Estando ya resuelta su ida, preguntó el Padre á Luis un dia, como se suele: si iria de buena gana con él. Luis sin más reparar dijo que sí. Despues, cuando el Padre se hubo de partir, quiso el Padre General que se llevase consigo tres novicios, que eran los más achacosos del noviciado, para ver si la mudanza del aire les aprovechaba: uno de estos fué Luis, á quien deseaban hallar algun remedio para los dolores de cabeza. Cuando él supo que habia de ir á Nápoles, desconsolóse grandemente por temer si habia dado él alguna ocasion de su parte á aquella jornada, por haber respondido al Padre que sí, y dicho que iria de buena gana, habiendo de responder, como él decia, que haria lo que le mandasen, sin mostrar inclinacion ni aversion: si bien el Padre General no se habia movido por su dicho, sino sólo por juzgar que convenia para su salud. Escarmentado de este caso, se determinó de allí adelante, no sólo mostrarse siempre indiferente en todo, sino de aconsejarlo á todos, que nunca dijesen que sí, ni que no, sino remitirse á la obediencia; y así contó á muchos en diferentes ocasiones su escrúpulo y la pena que le habia dado, añadiendo que sentia notable desconsuelo en hacer su voluntad. Siéndole, pues, ya forzoso el ir á Nápoles, consolóse mucho en llevar tal compañía, y así dijo á uno de sus compañeros, que hallaba mucho gusto en aquel viaje, porque con el ejemplo del P. Pescatore deseaba aprender el modo que ha de guardar un religioso de la Compañía en sus caminos.

Partieron de Roma á los 27 de octubre del mismo año, despidiéndose Luis de su vista desde un montecillo con la antífona y oracion de san Pedro y san Pablo, que dijo con gran devocion. Iba el Padre en una litera por órden de los médicos por el achaque del pecho, y habiendo de ir uno de los novicios dentro, y los otros dos á caballo, hizo Luis cuanto pudo por ceder aquella comodidad á otro compañero, queriéndose él privar

→ 141 ÷

de la comunicacion espiritual de su maestro, que estimaba en mucho, por acomodar á sus compañeros; pero como él era el más necesitado de todos, no le cumplieron su deseo, antes le obligaron á ir en la litera con el Padre. Allí supo hallar traza de mortificarse, porque tomando la ropa, la cogió á modo de bola, hizo de ella un bulto, y se sentó encima, de suerte, que iba en la litera mucho más desacomodado que si fuera á caballo: rezaba siempre el Oficio divino con el Padre por el



Palacio de S. Sebastian en Mantua, en el cual hizo S. Luis renuncia del Marquesado de Castiglione, el 2 de Noviembre de 1585. (Véase el libro I, cap. 16.)

camino, platicaba con él de cosas espirituales largamente, proponíale diferentes dudas, procurando enriquecerse de avisos y reglas que le sacaba; y como el Padre veia que sembraba en buena tierra, comunicábase de buena gana, y descubríale los secretos de la vida espiritual, y la práctica que habia aprendido en tantos años de rector y maestro de novicios. En las posadas, todo su cuidado era acomodar á sus compañeros, dándoles lo mejor y tomando para sí lo peor. Al fin de la jornada dijo á sus compañeros llanamente, que más le habian

valido aquellos pocos dias, y más habia aprendido con la comunicación de aquel Padre y con ver el trato que tenia con los seglares, que en muchos meses de noviciado.

Llegaron á Napoles á 1.º de noviembre; v porque entonces se da principio á los estudios, les pareció á sus superiores, que despues de haber descansado Luis algunos dias, ovese el tercer ano de artes, porque el primero vesegundo va le habia oido en el siglo, como dijimos. Era á la sazon rector de aquel colegio un Padre, que como era para consigo muy mortificado y penitente, así se holgó mucho de ver á este hermano tan inclinado á esto, y con liberalidad le dió licencia más larga de la que le habian dado en Roma; de que se holgó Luis grandemente, pareciéndole que habia hallado lo que deseaba. En Nápoles se vió en él una singular modestia, prudencia, humildad y obediencia; y cuantos hablaban de él mostraban el concepto grande que tenian de su virtud. Su maestro de artes en el proceso hecho en Nápoles confiesa esto mismo; v dice que siempre le vió grandemente humilde, despreciador de sí mismo, y que andaba á buscar ocasiones de ser despreciado, mortificado sobremanera, devoto, amigo de oracion, observantísimo de sus reglas, y que con la agudeza del ingenio juntaba la virtud y santidad, y que en este concepto le tenian todos en el colegio, y especialmente el Padre Juan Bautista Pescatore, que era su confesor y maestro de novicios, á quien algunas veces ovó hablar de él como de persona de más que ordinaria santidad. Otros testigos de los que estaban en aquel colegio dicen que puso mucho cuidado en humillarse, en tratar mucho con los hermanos coadjutores, y hacer cuanto podia por encubrir su nobleza: v así, dándole allí nueva de cómo al patriarca Gonzaga le habian hecho cardenal, no hizo más mudanza que si no le tocara; siendo así que á más del deudo tenia particular afecto al Patriarca, por haberle ayudado en el negocio de su vocacion. Los superiores, deseando que los otros novicios se aprovechasen con su ejemplo, le pusieron entre ellos en el mayor aposento y con más número de compañeros.

Padecia Luis falta de sueño, y como no dormia de noche y habia menester dormir algo á la mañana, madrugaban sus compañeros y estorbábanle el dormir á la mañana, lo cual le hizo daño á la salud. Reparando en ello los superiores, deseando acomodarle le quitaron de aquel aposento, y le pusieron

solo en otro que cae debajo de una sala; era esta sala paso comun para muchos aposentos, y con el ruido continuo de los que iban y venian, era más incómoda la vivienda de este aposento que la del otro, y menos á propósito para el fin que se pretendia. El buen Luis daba muchas gracias á Dios, pareciéndole particular favor suvo darle estas ocasiones de padecer: v á la verdad esta debia de ser la causa de que con tanto cuidado de los superiores le sucediesen en aquel colegio algunos casos bien particulares, que sin duda los trazaba la providencia de Dios, que para responder á los deseos de su siervo le queria dar por aquel camino materia de merecimiento y de corona: como fué darle un sobreropa para salir de casa mucho más corto de lo ordinario, y que á más de estar raido y roto, habia ya de puro viejo mudado color, y que por la indecencia, á cualquiera otro se lo hubieran hecho quitar los superiores, y en él parece que no reparaban. Muchas veces le sucedió aquel invierno ir las fiestas despues de comer, con el agua v con récios temporales, á la casa profesa con los demás á cantar Vísperas; y cuidando el ministro en tales ocasiones que otros menos necesitados y flacos no fuesen con aquel tiempo, y vendo de propósito á la portería cuando salian para hacerlos volver á sus aposentos, en Luis, que era mucho más necesitado y flaco, no advertia, v lo dejaba salir. Fuera de esto, si hav colegio en la Compañía donde se cuide con notable exaccion de los enfermos es en el de Nápoles, y con todo eso, cavendo Luis enfermo de una erisipela con calentura, que le tuvo en la cama más de un mes con peligro grande de la vida, con todo el cuidado de los enfermos se estuvo una noche sin sábanas, que quizá no habrá sucedido aquel descuido con enfermo en colegio ninguno de la Compañía, y es de creer que lo permitia Dios por dar gusto particular á su siervo. En aquella enfermedad se descubrió bien su paciencia, teniendo siempre, en medio de gravísimos v contínuos dolores, el rostro alegre, hablando con los que le visitaban con apacibilidad y humildad grande. Despues que convaleció de aquel accidente, y se echó de ver que no le hacia provecho aquel aire, antes se le aumentaba cada dia el dolor de la cabeza, mandó el Padre General que volviese á Roma, á donde se partió á los 8 de mayo de 1587, habiendo estado en Nápoles sólo medio año.

-00800-